

CAPÍTULO 1

Impresiones de Anandamayí

UNA TARDE, después de la comida de mediodía, un pequeño grupo de personas salieron en coche hacia Lucknow. Después de pasar Unnao, la señora que estaba sentada en la parte trasera del coche, envuelta en unas diáfanas vestiduras blancas, exclamó: «Mira, Didi, ¡qué pueblecito tan hermoso!»; la mujer a la que su acompañante se había referido como Didi miraba indiferentemente el paisaje por el que pasaban. En todas direcciones se extendía la misma extensión invariable de tierras de labranza, salpicada aquí y allá con grupos de árboles y las cabañas de barro de las aldeas. Era un panorama típico del inmenso y monótono valle del Ganges. El coche seguía su camino, levantando una nube de polvo tras de sí; con el sol brillando en lo alto del cielo, el paisaje carecía de sombras y estaba casi desprovisto de color. «¿No eran hermosos esos árboles?», insistía la señora de la parte de atrás mientras el coche seguía a toda velocidad. «Vamos pues —replicó Didi pacientemente—, demos la vuelta y vayamos a verlos». «Pero ahora ya estamos bastante lejos», respondió la otra mujer con cierta vacilación. «No importa —dijo Didi—. Volvamos atrás; chófer, por favor».

Cuando el coche había rehecho la mayor parte del camino, se salió de la carretera y bajó traqueteando por un sendero entre los campos. Dibujándose contra el vasto horizonte, un campesino se ocupaba a lo lejos de su trabajo. El coche se paró al borde de la aldea. La señora que había observado los árboles salió del coche y se dirigió veloz en dirección a ella. Sin volverse hacia los otros miembros del grupo, les ordenó: «Traed el cesto de fruta y todas las guirnaldas que haya en el coche». Didi hizo lo que se le pedía, llevándolas en sus brazos mientras corría para alcanzarla. Había un estanque junto a una casa grande con un tejado de tejas y paredes de barro suavemente moldeadas. Junto al estanque había dos árboles jóvenes, uno era un baniano y el otro una margosa, que crecían uno al lado del otro.

Los aldeanos empezaban ya a reunirse, curiosos por saber lo que traía a un vehículo tan insólito como un automóvil a sus rústicas viviendas. La mujer de ropas de algodón de deslumbrante blancura ofrecía una sorprendente imagen entre los alrededores de color pardo, las vestimentas pardas de los aldeanos y varios perros de color pardo. Su hermoso cabello, negro como el azabache, se desparramaba sobre sus hombros, y su pálida piel estaba tan débilmente surcada como las delicadas hierbas dibujadas en un muro encalado que se encontraba próximo. Miró a su alrededor con ojos profundamente alertas; una sonrisa apareció en sus labios cuando miró atentamente los dos árboles. A su alrededor, se hizo el silencio entre la multitud reunida de aldeanos, asombrada por la presencia dominante de la visitante. Ella se acercó a los dos árboles y empezó a acariciar sus ramas y troncos con gran afecto. Apretando la frente una y otra vez contra ellos, dijo en tonos suaves pero claramente audibles: «Bien, bien, por eso has traído a este cuerpo aquí a verte». Todo el mundo miraba los árboles con una muda incomprensión, pues no había nada que los distinguiera de los incontables árboles que salpicaban la llanura. La mujer sin embargo parecía mantener a todos en silencio.

«¿Cuál es el nombre de vuestra aldea?», preguntó.

«Bhawanipur», fue la respuesta.

«¿Quién plantó estos dos árboles?»

«Dwarka», manifestó alguien.

«¿Está en casa el propietario de esta tierra?»

«No, pero su esposa está allí.»

El grupo de visitantes, que ahora eran observados con intensa curiosidad por un grupo de chicos, se volvió y vio a la esposa del propietario, que se acercaba. Dirigiéndose a la mujer con un tono y una expresión llenos de amabilidad, la visitante vestida de blanco le dijo: «Cuida bien de estos dos árboles y adóralos. Será en tu beneficio».

Luego cogió las guirnaldas de Didi y adornó los árboles con ellas, repartiendo todas las frutas que había en la cesta entre los desconcertados aldeanos. Sin la más ligera idea de quién era aquella mujer, todos adoptaron una actitud de respeto deferente hacia ella, como si percibieran que estaba en un nivel superior. Sin embargo, pudieron reconocerla al instante como una de ellos, una simple mujer vestida de forma sencilla y acostumbrada a los modos aldeanos. Se movía entre ellos con soltura, pero prestaba una tierna atención a los muchos niños que allí había, mientras, al mismo tiempo, envolvía a todo el mundo en su amable y atenta mirada.

Volvió por donde había venido, seguida de cerca por la muchedumbre; todos sonreían con torpe satisfacción, aunque todavía abrumados por la inexplicable atención conferida a ellos y a una pareja de árboles por un puñado de extraños.

«Margosa y baniano. ¡Hari y Hara!», exclamó la señora.

«¡Les das a esos árboles los nombres de los dioses!», dijo Didi asombrada.

Cuando llegaron al coche, dijeron a la muchedumbre que cubrieran el lugar que rodeaba los árboles con una plataforma de barro.

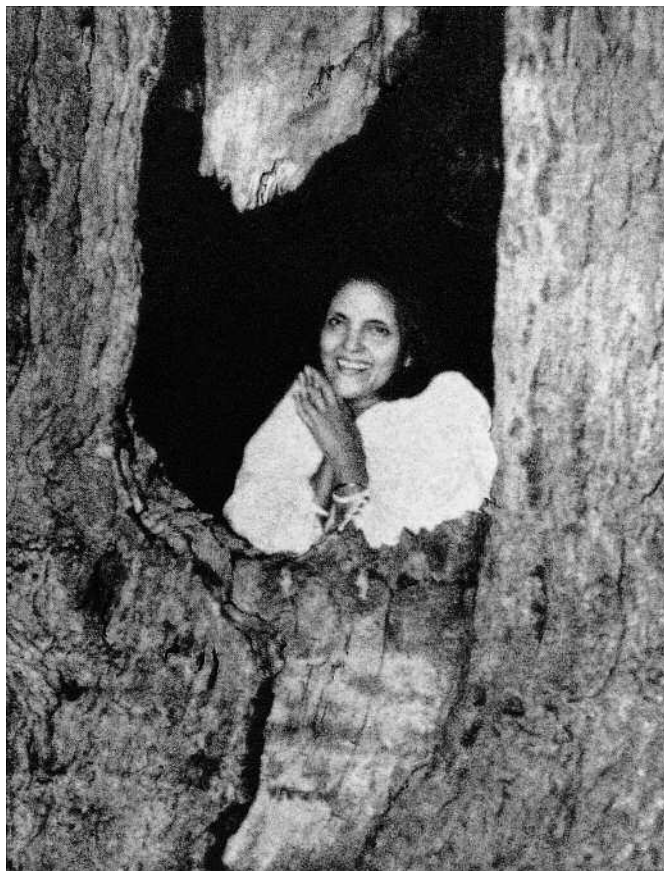
Entonces la señora vestida de blanco les preguntó: «¿Repetís el nombre de Dios? Aunque no podáis hacerlo diariamente, de todos modos, realizad de vez en cuando *puja* (culto) y cantad *kirtana*, o cánticos religiosos, bajo las ramas de esos árboles». Luego se volvió a sus compañeros. «¡Qué extraordinario! —observó—. Esos árboles tiraban de este cuerpo hacia ellos como si fueran personas. El coche nos alejaba de ellos, pero era como si se agarraran a los hombros de este cuerpo y lo arrastraran hacia ellos. Nunca me había sucedido antes.»

Cuando los visitantes subieron de nuevo al coche, uno de los aldeanos preguntó tímidamente al conductor quién era la gran señora que se había referido a sí misma como «este cuerpo».

«Anandamayí Ma de Bengala. Recuerda bien esta visita, pues es una persona santa y nunca hace nada que no tenga sentido».

Este incidente, que he reconstruido a partir del diario de Didi (Gurupriya Devi, ayudante principal de Anandamayí durante toda su vida), simboliza la paradójica condición de una figura como Anandamayí en la sociedad india moderna. Es tan inusual que no existe ninguna mujer, ni siquiera un ejemplo que nos sea conocido en el pasado, con quien se la pueda comparar salvo en términos muy vagos. Estamos tan desconcertados como lo estaban los habitantes de Bhawanipur por su carácter excepcional. Un extraño acontecimiento había visitado a las buenas gentes de aquella insignificante aldea de campesinos: una erupción de lo sagrado que debía desconcertarles durante muchos años. Por sus palabras, por su forma de vestir y por sus rasgos, la señora con aires de santidad parecía pertenecer a ninguna parte... o a

todas.



*Anandamayí sentada en el interior de un árbol, c. 1950
(fotografía del archivo del áshram)*

Actualmente, llamamos «guru» de forma indiscriminada a una persona con un carisma de esa índole, sin que esté demasiado claro lo que el término designa, aparte, quizá, de alguien que tiene la presuntuosa pretensión de poseer sabiduría espiritual. Relegamos a todos los gurus a una dudosa categoría de cultos exóticos, tal vez peligrosos. Ha habido gurus que han sido seriamente desacreditados por escándalos recientes y que habitualmente son tratados con un grado de cáustica sospecha. Recordemos a Bhagavan Rajneesh —el de los 87 Rolls Royces— o los diversos líderes religiosos cuyos seguidores han cometido suicidios en masa. Los consideramos personajes siniestros y embusteros que se dejan sobornar por los políticos o seducen a las hijas de nuestros amigos.

Los tradicionalistas señalan que personas como Sri Aurobindo, Krishnamurti, Swami Ramdas y Swami Sivananda, Madre Meera, Sai Baba y Meher Baba no son gurus en absoluto, sino un fenómeno híbrido para el consumo de extranjeros. Ciertamente, media un gran abismo entre los áshrams lujosos que han surgido en décadas recientes y el modesto modelo de la antigua relación *guru-shishya*, la tutela maestro-discípulo; no obstante, este antiguo sistema sobrevive, por ejemplo, en la enseñanza de la música y la danza clásicas. Durante toda la historia de la India este modelo de instrucción aseguró la transmisión del conocimiento de cada generación a la siguiente. En el caso de Anandamayí (que no tuvo un guru, sino que se inició por sí misma), el modelo tradicional del maestro y el discípulo ha sido revivido, en ciertos aspectos, una vez más, pero en otros aspectos igualmente importantes Anandamayí se separó radicalmente de la tradición. Su papel como una venerada brahmán divina no era de ninguna manera ortodoxo, puesto que esto

implicaba una separación de los parámetros tradicionales de la mujer casada; además, durante unos cincuenta años como viuda (y, de este modo, miembro de la categoría más baja de la sociedad india), fue al mismo tiempo una de las maestras espirituales más estimadas. Y asimismo, ella revivió la vieja costumbre del *gurukul*, un antiguo estilo de educar a niñas y niños en sus áshrams. Casi hasta el final mismo de su vida no pudo ser considerada como guru en el sentido técnico, pues un guru es alguien que da *diksha* a los discípulos, es decir, la iniciación por un mantra. Sin embargo, en el sentido más general y metafórico de «maestro espiritual», ella fue ciertamente un guru, uno de los más grandes y respetados de su tiempo. También fue la guru de muchos *sádhakas* (practicantes espirituales) avanzados. Para ellos fue todo lo que tradicionalmente debía ser el guru: un vehículo perfecto de la gracia divina. Hay un capítulo, en los extractos de los discursos de Anandamayí aquí incluidos, donde ella comenta ampliamente el significado espiritual del guru. El verdadero guru no debe ser considerado nunca por el discípulo como meramente humano, sino como un ser divino a quien él o ella se entrega en total obediencia. El discípulo se coloca en las manos del guru, y el guru no puede hacer nada que esté mal.

Además, desde el punto de vista de los discípulos, el guru es objeto de culto. Obviamente, un compromiso tan serio está protegido por todo tipo de garantías, pues el indio es tan consciente de los peligros inherentes a esa posición de absoluta autoridad como lo pueda ser cualquier forastero escéptico; más incluso, en realidad, pues ha acumulado una gran experiencia sobre la dinámica del vínculo *guru-shishya* durante los milenios de su existencia. ¿Cómo podría ese halago, esa pretensión de control sobre el destino de otro, no subirse a la cabeza de aquéllos sobre quienes cae ese manto de omnisciencia? Todo se basa en el hecho perfectamente constatado de que hay unos pocos individuos en cualquier momento del tiempo que están tan desprovistos de ego como para no sentir esa tentación. La falta de ego es condición *sine qua non* del guru.

Para un indio, la sumisión a la tutela de un guru no es sino uno entre los muchos caminos posibles de salvación o realización del Sí. En el caso de Anandamayí, ha llegado a ser algo obvio y ampliamente conocido que estamos ante alguien de un nivel espiritual sumamente especial. Su manifestación es extraordinariamente rica y diversa. Vivió durante 86 años, tuvo un seguimiento enorme, fundó treinta áshrams y viajó incesantemente a lo largo y ancho del país. Personas de todas las clases, castas, credos y nacionalidades acudían a ella; personas eminentes y de reconocida bondad buscaban su consejo; la doctrina que exponía era tan completamente universal como alcanzable por cada individuo. Aunque vivió para el bien de todos, no le movía el sacrificio de sí en el sentido cristiano: «No hay otros —diría—, hay sólo el Uno». Procedía de un medio rural sumamente humilde, aunque de una familia respetada durante generaciones por sus logros espirituales. En el curso del tiempo hablaría con las personalidades más importantes del país, pero no hacía ninguna distinción entre la condición de rico o pobre, entre las castas o las afiliaciones sectarias de quienes la visitaban. Personificaba la cordialidad y la gran tolerancia de la sensibilidad espiritual india en lo que tiene de más fresco y accesible.

El hecho de que fuera mujer sin duda acentúa las características distintivas de su manifestación. Las sabias (distintas de las santas) capaces de mantener un discurso sostenido con los eruditos son casi inauditas en la India. Su feminidad ciertamente otorga al patrimonio de la espiritualidad india (y de la espiritualidad en general) ciertas

cualidades de flexibilidad y sentido común, de lirismo y humor, no frecuentemente asociadas con sus alturas más elevadas. Su temperamento variable y su abundante *lila* (juego sagrado) están en absoluto contraste con la serenidad de ese modelo sin igual del Vedanta Advaita que es Sri Ramana Maharshi de Tiruvannámalai, quintaesencia de la quietud austera. Que una mujer de tal relevancia y de tan amplia actividad apareciera en la India en el siglo XX (el siglo del feminismo mundial y la revalorización de la fenomenología femenina) difícilmente puede parecer una coincidencia. Por definición, el guru refleja las necesidades más profundas y urgentes de todos sus seguidores. Aunque el guru encarne el deseo de realización de una miríada de devotos, también extiende, expande y eleva a una sensibilidad nueva y desconocida a aquellos que ponen su atención en él o ella.

Creo que Anandamayí ha añadido toda una nueva dimensión espiritual al despertar de la conciencia de las mujeres a su propia herencia. Como figura ejemplar, de ella emana un sentimiento de completa naturalidad, cordialidad y segura confianza en su feminidad. Anne Bancroft, en su excelente estudio de las místicas modernas, *Weavers of Wisdom*, cita esta conmovedora afirmación de una mujer inglesa: «Sentía que me quería tan absolutamente que nunca podría volver a ser la misma. Aunque sólo la vi unas pocas veces, nunca se ha desvanecido esa sensación, y su presencia está siempre conmigo. Era una persona que podía transmitir de tal manera su visión de la vida y de la realidad que, desde que la vi, siempre he sabido que hay armonía y sentido en el universo».

En la sabiduría y profundidad del discurso de Anandamayí reconocemos la verdadera voz del sabio. Pero ella era más que una persona sabia, aunque cuando se quiere definir exactamente qué era esa dimensión especial de sabiduría y bondad espiritual resulta difícil encontrar las palabras apropiadas. Ella era, yo creo, un simulacro humano de lo divino tan próximo a la perfección como sea posible encontrar en este planeta. He elegido la palabra «simulacro» con cuidado, por la sencilla razón de que no sé realmente qué es un ser humano divino. Soy agnóstico en esto, mientras que la mayoría de sus seguidores son devotos, *bhaktas*, y para ellos Anandamayí es, sin reservas, un ser verdaderamente divino. Siempre he intentado mostrar que, en la India, la afirmación de una atribución tan audaz para el guru no es nada fuera de lo ordinario. La atribución de la condición divina a una persona viva está perfectamente arraigada en el punto de vista espiritual indio. Sin embargo, es importante señalar que esa atribución no se hace de manera arbitraria por crédulos neófitos. Lo sagrado, lo divino y lo santo son realidades intrínsecamente relacionadas con los diversos sistemas místicos y metafísicos de elevado conocimiento y que han sido desarrolladas de forma elaborada en dichos sistemas. La atribución de divinidad es también un lugar común en la teología india. Lo que importa son las particularidades únicas de la persona a quien se le da la atribución. En este caso, Mahamahopadhyaya Pándit Sri Gopinath Kaviraj, que era antes de su jubilación director del Colegio Sánscrito de Benarés, estudió profundamente esta cuestión en un ensayo publicado en 1961. Este ensayo suscitó en Arthur Koestler un desprecio particularmente notorio, señalando que este tipo de escolástica estaba pasado de moda en Europa en el siglo XVI. Tal vez, pero lo que yo encuentro particularmente atractivo es la escrupulosa modestia de Gopinath Kaviraj. En todo momento admite la impotencia de su intelecto para comprender un fenómeno que es intrínsecamente paradójico y se resiste a la deducción racional.

Había sentido hace años que trazar con palabras un retrato fiel de Anandamayí, mostrándola no solamente como era en sí misma, sino incluso como aparecía ante mí, estaba más allá de mi capacidad. Incluso ahora siento la misma dificultad y vacilación, quizás aún más intensamente, al haber profundizado mi sentido del misterio acerca de ella [...] lo mejor para nosotros sería tratar de amarla profunda y sinceramente y, al hacerlo, entrar nosotros mismos en una unión más íntima con su verdadero Sí. Estoy convencido de que, a resultas de este proceso, sin duda ella se revelará a nosotros más plenamente según el grado de nuestra aptitud y receptividad y de que entonces estaremos en una posición ventajosa para conocer *inmediatamente*, y no por medio de nuestro intelecto, que ve a través de un velo y pervierte lo que ve, lo que ella realmente es. Y al conocerla de este modo, podríamos conocer también nuestro propio Sí.



*Anandamayí con
Brahmachari Kamal Bhattacharji*



*Anandamayí con
Gurupriya Devi («Didi»)*

En una época en que nuestra visión del mundo está dominada por el racionalismo científico, su persona, divina o no, ofrece una prueba concreta de que la perfección espiritual, o al menos la *perfectibilidad* espiritual, está ahora a nuestro alcance tanto como lo estuvo en el pasado. Lo que esta mujer manifiesta visiblemente sólo puedo interpretarlo con palabras. Aunque palabras y fotografías pueden mentir, la fotografía tiene una veracidad inmediata. Espero que mi combinación de palabras e imágenes haga honor a la realidad de esta mujer extraordinaria.

Conocí a Anandamayí en 1954, en mi primera visita a Benarés. Yo era un fotógrafo independiente especializado en reportajes para revistas. Estaba siempre al acecho de algún material de características nuevas. Tenía 26 años, viajaba a la ventura y estaba muy presionado para localizar temas comerciales en un campo notoriamente competitivo. Oí hablar de Anandamayí a una notable pianista y profesora austriaca, Blanca Schlämm, que había sido seguidora de Krishnamurti durante treinta años. Miembro de una escuela inspirada por las ideas de Krishnamurti, estaba entonces en el proceso de reajustar toda su vida a la nueva perspectiva que le había abierto Anandamayí. Con el nombre de Atmananda tenía ya una experiencia considerable de la enseñanza de Matajé, y se entregaba con un cuidado escrupuloso a la traducción de sus palabras al inglés para la revista del áshram. Además, debido a sus conocimientos lingüísticos, Atmananda era solicitada con frecuencia para que actuara como intérprete, no sólo para los extranjeros que hablaban en privado con Matajé, sino también para muchos indios que no comprendían ni el bengalí ni el hindi, las dos lenguas habladas

por MatajÍ.

Mi primer contacto con AnandamayÍ estuvo precedido por inadvertencia de una incorrección. De pie junto a la carretera, a la espera del momento en que su coche entrara en Benarés, yo sostenía nerviosamente un pequeño ramo de rosas con el que saludar a la gran señora. Pasó el tiempo y, algo molesto, olfateé profundamente las flores que tenía entre las manos.

«¡Ahora las has contaminado con tu inhalación! ¡No puedes ofrecer flores contaminadas!»

Debía de tener un aspecto desolado, mirando las inocentes flores, espantado por mi tosquedad occidental.

«¡Bueno, puesto que no sabías que no se debe oler un regalo, no importará!»

Finalmente, apareció el coche, camino de la hermosa rivera de Benarés, y se detuvo. Un impresionante grupo de mujeres me examinaba cuando distinguí a AnandamayÍ y le ofrecí mis rosas. De pronto me encontré mirando intensamente a aquella hermosa mujer arrebujaada en el asiento trasero, sonriéndome amablemente. El coche siguió su camino hacia la ciudad.

Mi curiosidad profesional se había despertado; ningún fotógrafo había cubierto todavía a AnandamayÍ para los medios de comunicación occidentales. Si Henri Cartier-Bresson había fotografiado recientemente a Sri Aurobindo y a Sri Ramana Maharshi, entonces AnandamayÍ —su sucesora en importancia, según se me había dado a entender— podría proporcionarme una exclusiva. Por tanto, me propuse visitar su áshram junto al río al día siguiente. Mi convencional olfato de cámara para descubrir una historia podía contaminar una rosa con una inhalación, pero decidí mejorar mis maneras y escribir un trabajo serio.

Este vulgar comienzo de mi relación con AnandamayÍ debía introducirme en una fase enteramente nueva de aprendizaje. Hasta entonces, había tratado de recoger, entre otros muchos temas, la vida espiritual de la India según yo la había descubierto, es decir, desde el punto de vista de un extraño. Efectivamente, me costó mucho mantener esta visión distanciada como un factor positivo en mi trabajo. En aquella época, los fotógrafos de reportajes asumían conscientemente un papel de observadores independientes y sin embargo simpatizantes, utilizando una especie de secularismo calculado como medio de lograr documentos inocentes, anónimos e imparciales de las cosas tal y como son. Ahora, por cortesía hacia los sentimientos de un grupo de personas apiñadas ante mi objetivo, tendría que poner en práctica un planteamiento completamente diferente. Estaba, además, mi ignorancia sobre el tema. La primera impresión de AnandamayÍ, cuando me senté en la sala del áshram observándola, fue la de una mujer verdaderamente impresionante en cuanto a talla humana e inteligencia, y de una gran complejidad psicológica. Estaba ante una mujer de gran prestigio, de apariencia sorprendente, desplegando una gran elocuencia en su expresión facial, yendo y viniendo con una gracia soberbia y rodeada por una amable multitud de individuos fieles, que eran adeptos avanzados.

Sin embargo, esto no era más que un punto de partida mínimo. Poco después descubrí un efecto visual sorprendente: todos los que la rodeaban parecían converger en su figura en composiciones espontáneas, a menudo rápidamente cambiantes, inconscientemente afortunadas. La elegante plasticidad con que ocupaban su lugar en una composición me

recordó inmediatamente tradiciones de arte visual que yo suponía pertenecían irremediablemente al pasado. Apenas había observado esto, cuando fui sorprendido por algo que en mi ingenuidad me hubiera parecido imposible: los acontecimientos y experiencias de naturaleza esencialmente interior podían ser perfectamente retratados en acción. Yo había supuesto que sería imposible tomar fotografías de movimiento a alta velocidad que expresaran el amor espiritual, interior, de una persona por otra; así lo creí, hasta que vi a alguien postrado a los pies de Anandamayí. En ese instante, la gran pintura de Rembrandt de su ancianidad, la del Hijo Pródigo cayendo a los pies de su padre, que yo había considerado hasta entonces como una parábola, se convirtió en una realidad viviente. Igualmente, cuando vi el séquito de mujeres colocadas alrededor de Anandamayí, recordé una disposición de figuras similar en la gran serie de pinturas de Poussin de los Siete Sacramentos. Era un salto hacia el pasado que ocurría en el aquí y el ahora con una vibrante realidad que era sin lugar a dudas característica del siglo XX. Supongo que me sentí como un fotógrafo ultramoderno extendiendo las posibilidades de la instantaneidad visual. Sin embargo, lo último que quería hacer —y en esto era inexorable— era imitar a los viejos maestros. Equipado con una cámara ligera y una película rápida, engranando con una comunidad pacífica donde la calma y la intemporalidad eran la esencia, debía enfocar el instante fugitivo y efímero. Pero tenía la sensación de que se me miraba como si estuviera haciendo algo equivalente a una blasfemia, mientras que, desde mi punto de vista, mi enfoque tendría por resultado la revelación de un misterio oculto. La acción glacial del rápido obturador tiene el poder de descubrir acontecimientos que el ojo humano apenas puede registrar, pero que la intuición sabe que existen, por decirlo así, en estado de latencia. El séquito de Anandamayí temía que pudiera *reducir* los momentos puros de verdadero sentimiento espiritual a mera vaciedad pictórica, pero yo estaba seguro de que podía, por el contrario, *realzarlos*. Se consideraba poco delicado retratar a una figura venerada sometida al envejecimiento sin recurrir al retoque. Preferiblemente, el rostro del santo, incluso en una fotografía, debe ser representado como un icono, transubstanciado. Sin embargo, como en el precedente zen de las diez famosas imágenes de la conducción de los bueyes al aprisco, que representan los pasos sucesivos en el camino de la iluminación, yo retrataría el más elevado estado de gracia alcanzable no como un ser cuasi divino sino como alguien que no es *nada especial*.



Anandamayí con Atmananda



Gurupriya Devi («Didi»)

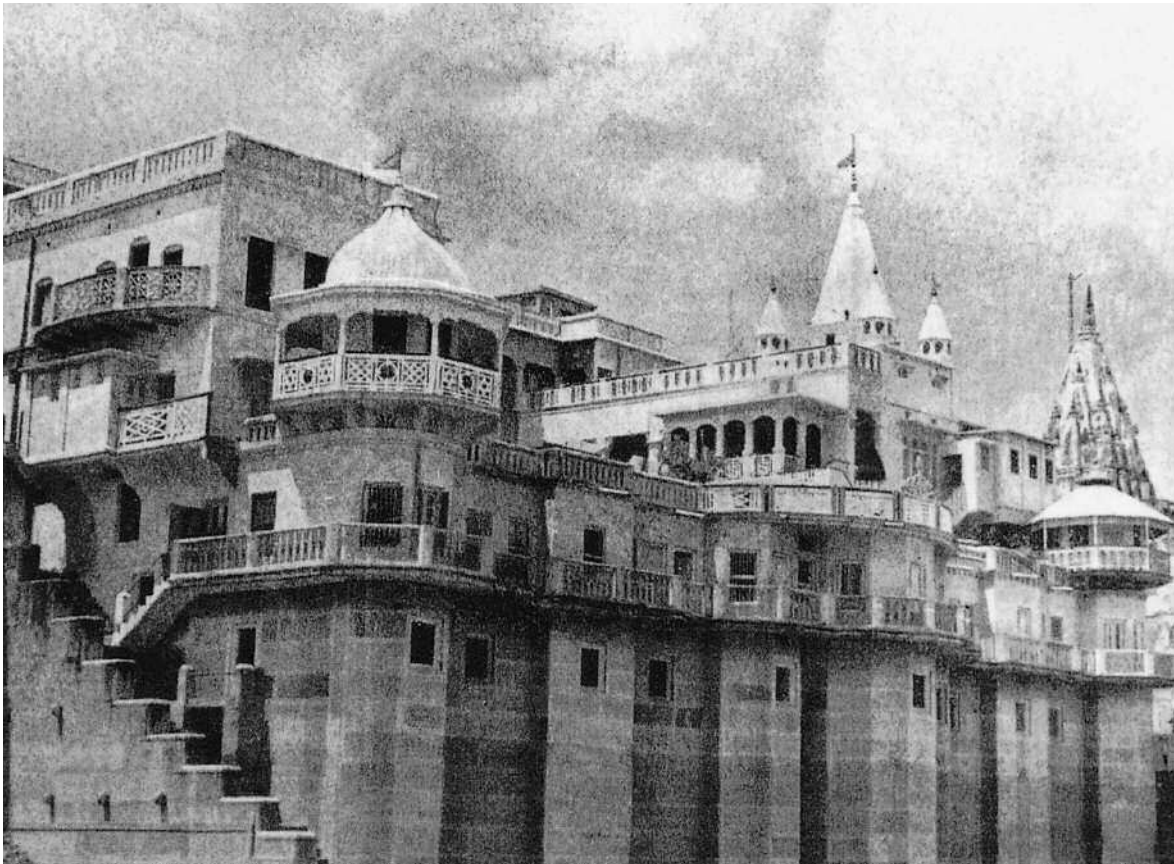
Aquí, de hecho, estaba mi solución: adaptaría los métodos del periodismo gráfico contemporáneo con vistas a una antihagiografía visual. Procedería con tanto tacto y paciencia como pudiera reunir, buscando el momento revelador en que esa cualidad de *nada especial* se revelara en la fracción de segundo de mi obturador abierto. ¡Pura paradoja! Este proyecto se haría posible por una combinación de la gracia variable de Anandamayí y la descarada eficacia de una buena cámara. Desde el principio observé la rapidez que había en el ritmo de sus movimientos, cuán rápidos eran sus cambios de expresión facial, cuán veloces sus gestos, cuán ágiles sus poderes de observación. La cámara me parecía un instrumento perfectamente adecuado para registrar la sutil interacción entre lo fugaz y lo que nunca cambia.

El arte sagrado del pasado recurre a la quietud, la permanencia, la inmovilidad, el gesto hierático y los rasgos abstractos y estilizados en la representación de seres espirituales elevados. Para lograr la transcendencia de las apariencias mundanas, el arte sagrado de todas las épocas y de todas las culturas dependía también de la capacidad del artista para apartarse tanto como fuera posible de cualquier parecido real con las apariencias naturales. Por ejemplo, los sublimes seres tallados en la roca viva de los antiguos santuarios-cuevas de la India no simulan el aspecto de meros mortales; son divinos en razón de su distancia a los hechos de la realidad material. ¿Estaba yo, mediante la acción glacial del rápido tiempo de exposición, cometiendo un sacrilegio en un lugar santo, o estaba empujando los límites de la óptica para evocar lo que está más allá del tiempo? Anandamayí no reprimía mi inmoderado celo; uno de sus *leitmotif* más persistentes era la necesidad de la *habilidad en la acción*. Toleró mi presencia cercana con aparatos intrusos durante días a lo largo de un período de cuatro años. Así, con igual generosidad, hicieron muchos de sus seguidores, que sin duda tenían cosas más importantes de que ocuparse que atender mis necesidades.

¿Qué trataba yo de hacer? En primer lugar, trataba de ser absolutamente veraz con la experiencia. Un amigo mío, el veterano educador Sanjiva Rao, comparaba la mente de Anandamayí con una placa fotográfica extraordinariamente sensible. «Se pone en contacto con el mundo que la rodea sin la mediación o interpretación de una mente ocupada. Esa mente no mantiene ninguna actividad propia, sino que es un espejo claro para el reflejo de la Verdad. Su placa fotográfica registra sin distorsión los acontecimientos físicos y psíquicos que ocurren a su alrededor. Anandamayí posee una extraordinaria capacidad de recordar a la gente que ha conocido a pesar del desfile incesante e innumerable de rostros que pasan diariamente ante sus ojos.» Aquí estaba mi modelo en un doble sentido: por una parte, un parangón de esa «cámara» llena de verdad que yo trataba de emular; por otra, una «modelo» de fotógrafo que podía registrar desde cada ángulo. Por una serie de momentos decisivos, registrados por objetivos y películas ultraeficaces, en las mismas entrañas de la vida, yo me acercaría a esa persona hipersensible cuando ella a su vez saliera a encontrarme. En esa conjunción de conocimiento recíproco, surgiría una tercera realidad, una imagen escapada de los trasmallos del tiempo registrando un suceso lo bastante poderoso como para eclipsar a mi ego intruso.

Tal como se desarrollaron las cosas, esto resultó un duro aprendizaje: las sesiones implicaban una intensa concentración visual y la mitad de las veces terminaban sin que

podiera tomar ninguna imagen, debido a la presión de los devotos o a una luz insuficiente. Casi todos los mejores momentos con Anandamayí se producían por la noche o en una sombra profunda, cuando no era posible utilizar la cámara. Además, su atención era tan penetrante que a veces parecía anticiparse a mis movimientos, aunque fueran discretos, permitiéndome utilizar la cámara sólo brevemente —nunca se me dio una negativa verbal, sólo una ingeniosa evasiva— ¡y en el momento en que ella lo decidía! A menudo era claro el momento en que la fotografía se consideraba inaceptable. En otras ocasiones, el acuerdo era tácito y el trabajo avanzaba sin contratiempos. Pronto descubrí que el requisito más importante era mi propio corazón. Nada funcionaba si no centraba alma y corazón en mi tarea; simplemente, no había manera de realizarlo y me quedaba bloqueado. Sólo cuando mi temperatura emocional era suficientemente alta, o suficientemente fría, así me parecía, ella captaría la señal correcta y me daría paso. Había aquí una lección de un nuevo tipo de concentración. La fotografía se convirtió en mi *sádhana* (ejercicio espiritual), como la meditación y el yoga eran la *sádhana* de mis compañeros que vivían en el áshram. Fue mi camino a la Verdad. El jardín del áshram era como los bastidores de un teatro; a través del telón de la vegetación la gente hacía sus entradas y salidas a la hermosa terraza sobre el Ganges. Aquí observé muchas escenas de una impresionante belleza. Era en efecto una especie de escenario, pero para la representación de un drama sagrado; aunque nunca hubo sobre él ni siquiera el más ligero toque de teatralidad, ni actores dispuestos a «lucirse sobre las tablas», como mi forma de hablar podría dar a entender. Lo maravilloso de este escenario-terrace era el hecho de que cada acción que allí se producía surgía de la motivación interna de todos los que salían a escena. Las actuaciones no reflejaban un guión con papeles ficticios y predeterminados, sino una participación espontánea en la *lila* divina. Como limaduras de hierro atraídas por un imán, todo el mundo era atraído a las pautas ineluctables de una corriente cuya fuerza era holísticamente mayor que la suma de sus partes. El emplazamiento, elevado por encima de las aguas sagradas, la mágica luz que es un atractivo tan distintivo de esta antigua ciudad, las pulsaciones de los cantantes de *kirtan* dando vueltas cerca de Anandamayí, todo contribuía al hechizo. El séquito de mujeres que parecían acompañarla dondequiera que iba se parecía a lo que se podría imaginar que eran los coros griegos, y sin duda tenían una función semejante.



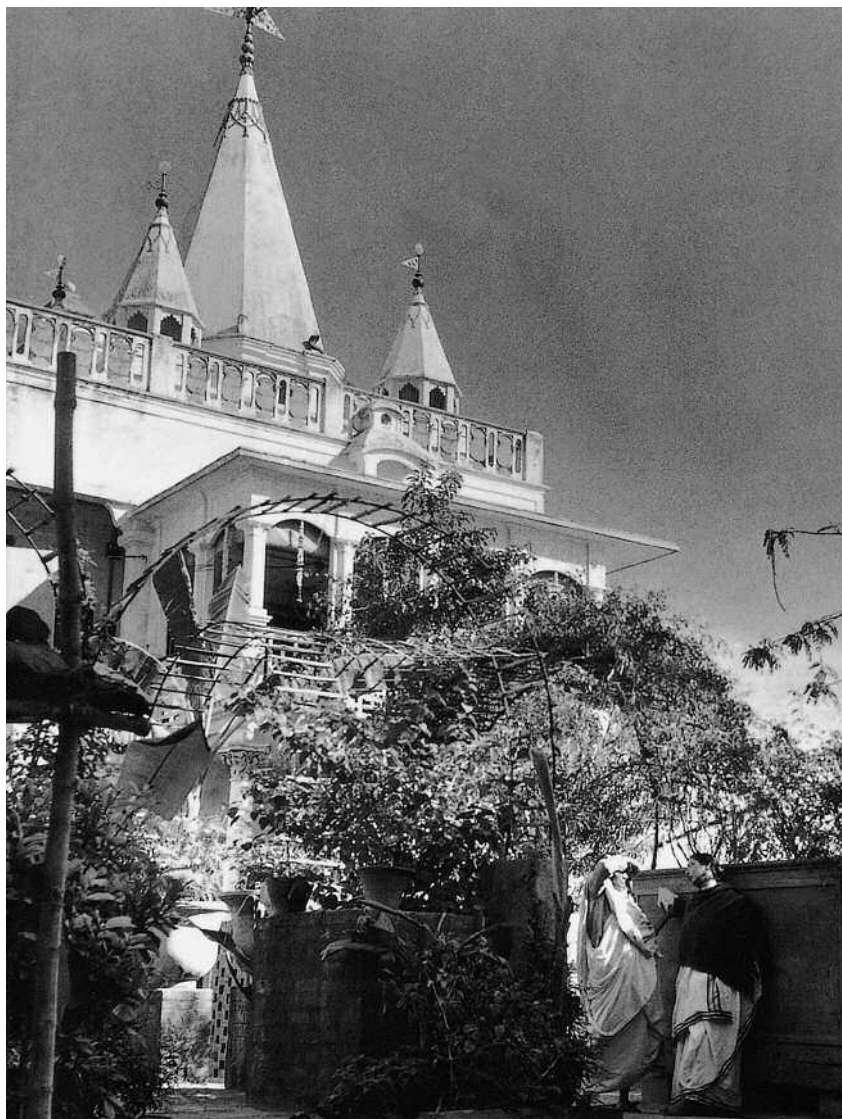
Áshram de Benarés

Aquí, en la terraza, la gente se reuniría para el *darshan* (bendición por la presencia) de Matajī durante sus paseos. Por la mañana, muy temprano, cuando la bruma creaba el efecto de un velo de encaje en el aire tranquilo entre la barandilla y el río, ella podía

pasear un rato, muy envuelta en un chal. Nadie podía decir cuándo saldría de su habitación; cuando al fin lo hacía, todos los ojos se fijaban en ella, siguiendo cada uno de sus movimientos en una especie de vigilia contemplativa. Era encantador ver a la gente ir y venir, algunos postrándose a los pies de Matajī; a veces daba una respuesta exquisita, con sus manos delicadamente dobladas en *mudras* siempre cambiantes; en otras ocasiones quedaría absorta con un suplicante en breve conversación.

Pronto observé la total ausencia de una reglamentación estricta: ni filas ordenadas ni hileras de obedientes feligreses, ni procesiones, ni colas en masa de seguidores realizando rituales sincronizados a la orden de un sacerdote que salmodia. La única actividad organizada según unas directrices era el canto de himnos, particularmente un hermoso himno de *ārati*, versos de vísperas compuestos para la gente de Anandamayī. Había muchas ocasiones, especialmente durante las fiestas, en que la música proporcionaba un insistente e irresistible pulso rítmico que estimulaba el espíritu y llevaba a muchos al borde del éxtasis. Más habitualmente, *nama kirtan* era una oportunidad de generar fervor. Cuarenta años después, todavía puedo sentir un estremecimiento en mi espina dorsal cuando recuerdo la obsesionante voz de Pushpa, una joven de talento, cuando gritaba reiteradamente el nombre de una divinidad, un sonido maravillosamente arcaico, como una ménade gritando en el bosque sagrado. De vez en cuando, Anandamayī cantaría, inimitablemente, de manera dulce, juvenil y transparente. El tono era sosegado, pero también intenso.

En aquellos días, en la década de 1950, rara vez aparecía por allí algún occidental. Se consideraba un *āshram* «difícil», con ortodoxas reglas de contaminación escrupulosamente observadas, en el que únicamente se hablaba hindi y bengalí y con la rutina de una mezcla distintivamente paradójica de informalidad afable y disciplina severa. Era un lugar de un ascetismo absolutamente estricto, sin excepciones. Y, curiosamente, nunca se pretendió que fuera otra cosa que eso. Era un régimen irreductiblemente sobrio, y esa simplicidad daba a la institución frescura y ligereza de tono. En aquella época había solamente dos residentes no indios en todos los *āshrams* de Anandamayī. Un año antes de mi llegada, el célebre antropólogo, estudioso de los pigmeos Ituri, Colin Turnbull, había pasado un tiempo impregnándose de los irresistibles modos de Matajī.



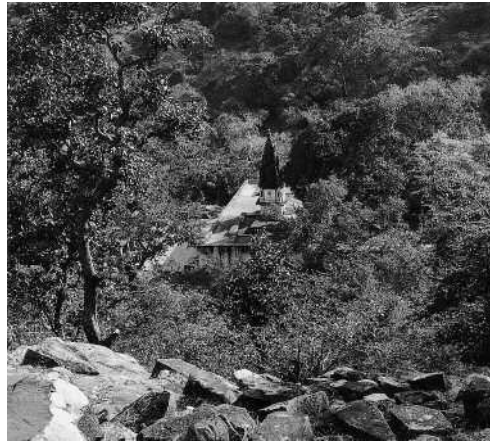
Áshram de Benarés

Anandamayí había llenado exactamente ese vacío que yo había sentido en el mundo occidental, y a través de ella aprendí a llevar una vida integral, a llevar el Espíritu al mundo cotidiano, a llevar una vida cotidiana que sea al mismo tiempo una vida consagrada e intensamente espiritual.

En su áshram sentí el lazo de fraternidad que finalmente unirá al mundo, y en el amor y la consideración mutuos que impregnaban a todos los que se reunían alrededor de Matajé descubrí una forma de vida que no es sin embargo sino un sueño entre la mayor parte de la gente en el mundo occidental. No había problemas de ricos o pobres, buenos o malos, altos o bajos, existía una fraternidad perfecta entre todos. Pienso que tal vez lo más importante que aprendí fue el amor a la Verdad y el amor a todos mis semejantes. La Verdad puede ser un maestro duro, pero no hay ninguno mejor, pues la Verdad es uno de los caminos en que el Espíritu se revela. Los que rodeaban a Matajé no podían dejar de estar impregnados por este maravilloso ideal, y de sentir al mismo tiempo que todas las insignificantes diferencias y distinciones que normalmente nos rodean desaparecen. Aquí estaba la vida tal como debe ser vivida, la vida para el Único Sí, no para el pequeño yo individual, una vida en la que todos nosotros podíamos unirnos igualmente, sin que importara lo débiles y frágiles que fuéramos.



El follaje y las flores del áshram de Benarés eran monásticos; allí la naturaleza apenas estaba más que insinuada en el campo inmediato de visión; más allá se extendía un nebuloso desierto de agua y campos distantes. Poco después de mi primer contacto con Anandamayí (eso suena muy social, ¡fue más bien un encuentro silente!) pasé algunos días cerca de ella en su áshram de Vindhyáchal. Aquí pude verla en las profundidades del campo indio y calibrar cuán profunda era su relación con todas las cosas vivas. Vindhyáchal, a cierta distancia de Benarés, se apiña al pie de una colina sagrada al borde de una tierra virgen, rocosa y vestida con jungla, dominando la llanura del Ganges. Es un lugar sagrado para los tántricos, con restos de gran antigüedad. En las vertientes de la colina se abren barrancos poblados de árboles, templos aislados y santuarios primitivos. Era invierno cuando llegué y el suelo cubierto de hojas por debajo de los árboles nudosos y las rocas estaba lleno de hermosas esculturas procedentes de los templos en ruinas. El pequeño áshram, que recordaba extrañamente las granjas toscanas, dominaba una vista magnífica desde encima de la colina. El Ganges, ancho y majestuoso, serpenteaba a través de un inmenso lecho de arena en la lejana distancia. El edificio principal del áshram era una torre rectangular de dos pisos con miradores por todas partes. Desde el balcón superior se podían ver racimos de viviendas al pie de la colina y un estanque cuadrado del templo, con un solo pilar en su centro saliendo del agua como el *axis mundi*, el eje inmóvil del mundo que gira. Todo en Vindhyáchal estaba impregnado del brillante silencio del invierno. Durante el día, el aire era muy claro y cada detalle destacaba intensamente como en una miniatura medieval. Sólo se oía el sonido distante de un perro ladrando o la campana de un templo que resonaba a través del aire. Por la noche, el tiempo se volvía brumoso y sumamente frío, cayendo la temperatura casi al punto de congelación.



Un templo en Vindhyáchal

Sólo estábamos allí doce de nosotros. A menudo Anandamayí se apartaba de la multitud retirándose a este áshram. Era un escenario perfecto, pausado, en el que podía absorber la naturaleza de su ser y saborear la atmósfera de este lugar encantado. Era un escenario notablemente independiente de toda cultura específica. Tan sordos eran los detalles, que en la cumbre de aquella colina uno podría haber estado casi en cualquier lugar del mundo. En el áshram, la gente llevaba vestidos sencillos, anónimos, la mayor parte de algodón reciclado sin adornos, con chales de lana. Estas vestimentas eran blancas y toda la escena era muy apagada de color. En ese entorno general yo tenía la sensación de estar situado en una punta de lo que una vez había sido una única y vasta hegemonía que se extendía desde el extremo oriental de India a la franja occidental más lejana de Ultima Thule. En este entorno, como se puede sentir a menudo en la llanura del Ganges, quedan huellas vagas de una antigua fuerza unificadora, la de Grecia, que se extiende a través de las inmensidades del tiempo y el espacio para dejar su suave sello —no más ahora que unas huellas fantasmales, pero palpables a pesar de todo— sobre viviendas y personas. En este país antiguo, Anandamayí tenía algo de la sibila y parecía una profetisa homérica o una salmista hebrea. Me hacía recordar igualmente los arquetipos de las basílicas de Bizancio y la Roma de Constantino, y del *Zend Avesta* y el *Mahabhárata*.

El piso superior del áshram contenía el muy sencillo alojamiento de Anandamayí, rodeado de balcones. Allí se sentaba cada mañana, en el balcón sur, en una tenue sombra, quizá dictando cartas, mientras una ayudante peinaba su larga y fina cabellera. Una mañana se hizo claro, sin necesidad de palabras, que yo podía acercar mi cámara. La luz era perfecta; todo estaba muy tranquilo. Me puse directamente y en silencio delante de ella, en calma para recoger mis pensamientos, hice algunos ajustes a la cámara, preparé mi objetivo a la distancia más corta y me adelanté hasta que sus rasgos entraron en el deslustrado visor de mi cámara reflex. Sosteniendo la cámara por debajo del nivel de mis ojos, lentamente miré por encima de ella. Mis ojos estaban ahora al nivel de los suyos y ella estaba exactamente a 68 centímetros de distancia. Durante lo que me pareció una eternidad establecí mi respiración y muy amablemente nos miramos uno a otro a los ojos. O al menos yo lo hice, pero ella lanzó su purificadora mirada, atravesándome, hacia lo lejos. Por un momento, me sentí como si fuera completamente transparente, sin substancia. Luego pulsé el obturador enseguida y me alejé. Nunca necesité, ni desee,

hacerlo de nuevo.



*Escultura de una divinidad en un templo en ruinas,
Vindhyáchal*

Yo acostumbraba a pasear por las arboledas sagradas y vagar alrededor de los templos, completamente solo. Miraba en la oscuridad de siniestros nichos en la roca, donde quedaban en pie imágenes terribles de divinidades. Sólo en un primer plano se podía apreciar el carácter verdaderamente indio de Vindhyaçal, particularmente en la yuxtaposición de esas divinidades de la cultura popular local con la refinada dulzura de la escultura clásica que se desprendía de algún gran monumento perdido por allí. Entonces escogía mi camino entre rocas y guijarros bajo las intrincadas redes que formaban las desnudas ramas del invierno, o quitaba las hojas del otoño de las esculturas desparramadas por los alrededores. En todas partes había señales, vetas, marcas, estrías, motas, ramitas, cortezas, líquenes, musgo, helechos, matorrales.

Regresaba al áshram y ocupaba mi sitio con los otros al pie del lecho de Anandamayí. Ella estaba a solo un paso o dos de distancia; a veces había charlas y risas, animada discusión e historias de su juventud. No había ningún sentimentalismo exagerado en torno a ella; su voz fluía, clara y meliflua, como el agua de un riachuelo, cayendo sin vacilación sobre brillantes guijarros. En otras ocasiones permanecía en silencio, balanceándose suavemente de un lado a otro, con la cabeza inclinada como si estuviera escuchando algo procedente de muy lejos. Su rostro era tierno y toda su persona irradiaba una segura cordialidad. En un rápido cambio, su sentido del humor brillaba. Estaba en casa, entre su gente, perfectamente natural, cargada de vida.

De vez en cuando yo me separaba de esa profunda inmersión y miraba la casa desde fuera, junto a algunos curiosos de Vindhyáchal. La escena, especialmente a la luz de la lámpara, me recordaba la conocida observación de Flaubert sobre la visión de los labradores en sus casuchas iluminadas: «Ils sont dans le vrai», literalmente, «están en la verdad». Pero la analogía que yo utilizaría para esas escenas es la de un director de orquesta, en la que cada músico toca un instrumento diferente. Aquí, Matajé dirigía una sinfonía de quietud, no mediante órdenes ni siquiera mediante un ritmo unificador, sino por una especie de persuasión, sugestión e inspiración focalizadas. Cada persona buscaba su propia melodía interior y tal vez, ocasionalmente, prestando su voz a un solo o uniéndose a una discusión a dúo. Cuando Matajé se quedaba en silencio, como ocurría a menudo durante minutos sin fin, inclinaba la cabeza hacia arriba de maneras diversas, pero siempre acompañada por un movimiento de sus mechones y un cambio en la mirada, atenta, vigilante, *a la escucha*. Me parecía que, con estas pequeñas pausas, ella ahuyentaba todo lo presente a través de una puerta abierta a un dominio más grande, más mágico, de insinuaciones invisibles. Incluso cuando escribo puedo recordar exactamente los pequeños ajustes de su postura: tenían una cualidad de «criatura», como un pájaro que agita sus plumas antes de instalarse en una rama para pasar la noche. Estos eran momentos de puro encantamiento, en los que podía observar a cada uno respondiendo como para renovar la inspiración. Como espigas de trigo madurando en una ligera brisa, se agitarían ligeramente antes de instalarse y brillar.

Yo podía mirar por encima de sus hombros, a través de la puerta y el balcón, y ver las ramas de los árboles, los guijarros, rocas, hojas y ramitas que había examinado atentamente hacía poco. Mis ojos volvían adentro y escrutaban aquella figura de sibila cuando se sentaba relajada y absorta. Me maravillaba la suave textura de su piel, la manera en que las sombras en torno a sus ojos parecían tener la densidad del terciopelo. Conservaba una juventud que contradecía su edad: cincuenta y ocho años. Yo estaba fascinado por sus rasgos incesantemente cambiantes, especialmente la multitud de líneas sumamente delicadas que tejían una red móvil a lo largo de su piel, especialmente en su frente y en sus labios. Sentía que contemplaba de nuevo los laberintos de líneas que había estado trazando en los bosques, como si ella fuera parte de la vegetación y como si las marcas de su rostro y las marcas de los árboles formaran juntas una larga y compleja inscripción escrita en un solo guión. Yo había guardado en mi memoria una hermosa observación de Paracelso sobre el tema: «Hay muchas clases de quiromancia, no sólo la de las manos del hombre, a partir de las cuales es posible inferir y descubrir sus inclinaciones y su destino; hay también otro tipo de quiromancia, por ejemplo, la de las hojas de los árboles, de la madera, de las conchas, de las rocas y las minas, la quiromancia de los paisajes, las comarcas, sus caminos y sus ríos».

Escritas horizontalmente cruzando la frente de Anandamayí había cinco líneas como las de una partitura musical; cruzando éstas había una miríada de finas líneas verticales en constante movimiento, frunciéndose y abriéndose, estrechándose y ampliándose como la acción de un telar cuando la urdimbre y la trama se abren y se cierran. En el punto medio, su frente adquiría una importancia transcendental: era como una membrana para recibir y transmitir señales. La frente se arqueaba hacia arriba, amplia y rotunda, para encontrar abruptamente el nacimiento del pelo. La frente arqueada y una mandíbula enérgica como la proa de un barco saliendo del puerto eran sus rasgos más característicos. La nariz y las

cejas eran redondeadas, suaves y tímidas. La boca era muy ancha, con una multitud de pequeñas depresiones y arrugas, una línea nítida que bajaba en el centro; tan variable era su boca que era imposible encontrarle una forma definitiva.

Los ojos de una sabia son, desde luego, el centro de un intenso interés. Los ojos de Anandamayí eran, como se podía esperar, algo desacostumbrado y extraño. Era realmente difícil fijar la mirada en ellos, independientemente de que ella te estuviera o no mirando. A veces eran serenos y calmos, pero más a menudo se movían y revoloteaban como si fueran mariposas, sin timidez ni agitación, ciertamente, pero tampoco de una manera coqueta o hipnótica. No, su movimiento parecía indicar receptividad intensa, agilidad mental, como si estuviera escuchando una miríada de señales diferentes e inaudibles en un receptor de radio. Nunca he observado un rostro tan *memorable*. Sin embargo, no estaba fijo en un lugar, sino que esa atención penetrante parecía difusa para abarcar tanto lo muy cercano como lo muy lejano. Luego, como una luz que se apaga —sin el menor drama— toda animación, toda expresión, toda la fina sensibilidad que te mantenía absorto, se desvanecía abruptamente. Por un momento, el rostro volvería a ser, como al final de los dibujos de los diez bueyes, *nada especial*.

Una o dos veces en esas ocasiones nuestros ojos se encontrarían. Pero aun entonces, era difícil decir si se encontraban o no, pues el poder de radar de sus ojos parecía cubrir una gran extensión. Es difícil decir cuál era su color, pero adivino que era una mezcla de negro, marrón y rojizo. Los iris estaban irregularmente moteados con destellos dorados. Podía enfocar uno de sus ojos muy fácilmente, estando tan cerca como estaba; podía instalarme en él cómodamente aunque ella pareciera estar mirándome directamente. Pero si realizaba un esfuerzo concentrado para mirar el otro, no sólo me era sumamente difícil mantener la mirada, sino que el ojo se inquietaba extrañamente y parpadeaba en un rostro por lo demás impasible. Mi descripción de este examen sin duda parece desapegada, clínica, controlada. En realidad, todo estaba mucho más saturado de sentimiento y era más comunicativo de lo que puedo expresar en palabras. Era una experiencia verdaderamente extraordinaria, inspiradora, elevadora, consolidadora. Sin embargo, es natural que deba describir ese rostro particular en estos términos impersonales, considerando quién era ella. En su silencio estaba, me parecía, *a un lado*, separada, apartada. No daba impresión de frialdad en lo más mínimo, pero su pura presencia era paradójica. Hace falta una larga indagación antes de encontrar ese reducto último del Sí.

Nada más hacer cualquier tipo de afirmación sobre su verdadera naturaleza, ¡había que modificarla! Podría decir que Anandamayí tenía la simplicidad de una rosa, pero podría decir igualmente que tenía toda la complejidad de una rosa. Sin embargo, su cualidad de *nada especial* ocultaba una distinción de maneras y movimiento, especialmente entre la multitud. Su manera de andar era inusual, y esto solo la diferenciaba, aunque se la viera desde muy lejos. Tenía una especie de cómoda elasticidad: parecía disfrutar con la sensación de caminar. El poeta inglés Lewis Thompson, que, merced a su larga experiencia, había desarrollado una mirada perspicaz para las personas de elevada condición espiritual, se entrevistó y tuvo largas conversaciones privadas con ella en 1945, y contaba que advirtió inmediatamente que Anandamayí era un ser realizado por la manera en que andaba; completamente ausente de ego.

Tenía una forma maravillosa de utilizar las palabras y una voz encantadoramente musical, como puede atestiguar cualquiera que la haya oído personalmente o haya escuchado cintas de su canto. El bengalí es una lengua de sonido dulce y sibilante. Su modo de hablar me parecía quíntaesencialmente femenino, pero no sólo en su tono vocal y su colorido emocional, pues empleaba las palabras de una manera notable y singular. Era una virtuosa en el uso de deslumbrantes cadencias verbales que se apartaban de toda referencia escrituraria; puras improvisaciones espontáneas, no sólo en los sonidos y retruécanos inherentes a un juego de palabras (o *lila* de palabras), sino, más importante, en lo que atañe al pensamiento que está detrás de las palabras. Aquí estaba la otra mitad de la espiritualidad —la con frecuencia no escuchada mitad femenina— reunida y completada en un género no-dual.

Había un orden esencialmente poético en todo lo que decía, pero toda pronunciación sagrada, todo texto sagrado es tradicionalmente poético en las culturas orientales. Sus palabras surgían de ella sin la menor vacilación, ricas en vocabulario, con infinitas alusiones a todo el acervo de citas y paradojas conceptuales que incluye el corpus de las tradiciones espirituales de la India. Tenía una manera curiosamente telegráfica de construir sus frases, omitiendo cualquier palabra de la que su preocupación por la claridad de sentido pudiera prescindir, como si no hubiera tiempo que perder; tan veloz era su mente, tan directo su camino. Un poeta bengalí me dijo: «Habla como escriben los poetas bengalíes modernos». Ella nunca escribió nada, nunca preparó su discurso, nunca revisó lo que había dicho; de una forma u otra, salía perfectamente formado. A su manera irresistible, su manera de mujer, podía ignorar las reglas del juego para jugarlo de manera más exultante, copiosa, fresca.

Lamentablemente, los problemas inherentes a la anotación exacta de lo que Anandamayí decía en sus discursos han sido tan grandes que muy poco ha sido conservado de manera segura y precisa. De todos modos, lo que tenemos es impresionante, aunque la musicalidad y el juego de palabras aliterado muera de algún modo en la página impresa. Sólo un hombre, deduzco, Brahmachari Kamal Bhattacharji, tenía la capacidad de transcribir sus discursos con escrupulosa fidelidad. Sólo unas pocas de estas transcripciones han sido traducidas al inglés. A través de sus pacientes trabajos y penetración en la enseñanza de Matajī, Atmananda se las arregló para transmitir la transparencia de las palabras, por más que su encantamiento musical no pudiera sobrevivir. Aquí hay dos ejemplos de deslumbrantes juegos de palabras al servicio de pensamientos de elevada sutileza, aunque sea preciso recurrir a la explicación:

Debéis comprender que quien ama a Dios debe destruir la identificación con el cuerpo. Cuando esto se ha producido, hay destrucción [*nasa*] del engaño, de la esclavitud, en otras palabras, del deseo [*vásana*], del «no-Sí». Tu morada [*vasa*] en el presente es el lugar donde el Sí se manifiesta como «no-Sí» [*na Sva*]; cuando es destruida, solamente la destrucción se destruye.

Sva y *sa* se pronuncian del mismo modo en bengalí; así, *nasa* (destrucción) suena como *na Sva* («no-Sí»). *Vásana* (deseo) es donde el Sí mora como «no-Sí»: *vasa* (morar), *na* (ninguno, no). En la traducción, un hermoso pensamiento que había salido

* Ram Alexander: *Death Must Die. A Western Woman's Life-Long Spiritual Quest in India with*

Shree Anandamayee Ma. Based on the Diaries of Atmananda. Varanasi, Indica Books, 2ª ed., 2002.

grácil de la lengua de Matajī y que podía ser fácilmente comprendido por un oído atento, se vuelve trabajoso.

¿Qué va y qué viene? Mirad, es un movimiento como el del océano [*samudra*]. Él, expresándose a Sí mismo [*Sva mudra*]. Las olas no son sino la subida y bajada, la ondulación del agua, y es el agua la que se modela en olas [*taranga*], miembros de Su cuerpo [*Tar anga*]: agua en esencia. ¿Qué es lo que hace que la misma substancia aparezca en formas diferentes, como agua, hielo, olas? ¿Qué has comprendido realmente? ¡Averigua!

Con una plasticidad maravillosa, con poesía «concreta» ella hace una *murti* (imagen de una deidad) de palabras: *samudra* significa mar; *sva mudra*, «su expresión propia»; *taranga*, ola; *tar*, Su, Suyo; *anga*, miembro, parte intrínseca.

A pesar de estas dificultades en la traducción de algunos pasajes, Atmananda logró traducir el sentido de la sutil enseñanza de Matajī con claridad y precisión. Había estado más tiempo con ella que ningún otro europeo —casi cuarenta años hasta entonces— y desempeñó un papel significativo como la principal intérprete de Anandamayī para el mundo no indio. Sus diarios, un extraordinario relato de la peregrinación espiritual de una mujer del siglo XX hacia su objetivo final como discípula de Anandamayī, están siendo preparados actualmente para su publicación*. Cuando, como Blanca Schlam, se hizo *sādhika* residente de forma permanente, se le cambió su nombre por el de Atmananda, y Matajī le permitió adoptar la ropa ocre de *sanyāsini* en 1962. Tras su muerte en 1985 a la edad de ochenta y un años, se sumergió su cadáver en las aguas del Ganges (*jal-samadhi*), un privilegio reservado a los renunciantes.

Las raíces sánscritas están más profundamente presentes en las lenguas regionales indias más modernas que las del latín en algunas lenguas europeas modernas, y el vocabulario sánscrito para los temas espirituales, siendo el más rico y más preciso de todas las lenguas antiguas, figura de manera preeminente, incluso ahora, en el uso religioso diario. Alrededor de doscientos términos sánscritos utilizados por Anandamayī están incluidos en el glosario inglés empleado en sus *āshrams*, compilado por Atmananda con ayuda de Gopinath Kaviraj. La precisión y la amplitud del sánscrito convenían muy bien a los propósitos de Anandamayī; a diferencia de los sanscritistas eruditos, ella recogería palabras y jugaría con ellas como juguetes o chucherías, aunque no olvidara sus implicaciones filosóficas y su resonancia semántica. Como las Cuatro Nobles Verdades y el Óctuple Sendero de Buda —formulación indeleblemente estampada con el estilo de Gautama a pesar de los milenios transcurridos desde su elaboración— la condensada formulación de Anandamayī de la esencia de Dios —como hielo y agua, olas y miembros— entrará también en la corriente principal del pensamiento místico y probablemente sobreviva durante mucho tiempo.

Hacia la época en que la conocí, el «genio» de Anandamayī penetraba sus discursos públicos y privados así como su tutela progresiva de innumerables *sādhakas*. Su amplio discipulado incluía a muchas personas distinguidas y notables. Puesto que la habían conocido, y se habían conocido entre sí, durante muchos años y habían presenciado muchas escenas extraordinarias asociadas a Matajī, existía un inmenso depósito de

historia oral a disposición de cualquiera, como yo mismo, que estuviera interesado en el nivel anecdótico de tan animado panorama. Aprendí más sobre la cultura espiritual viva de la India de esta manera que por cualquier otro medio. Mis anécdotas personales son pocas; incluyo aquí algunas para amplificar lo que mis fotografías expresarán más vivamente.

Durante la celebración del cincuenta y nueve cumpleaños en Almora, se reunió mucha gente todos los días para el *satsang*; la sala debía de estar absolutamente llena. Por las mañanas, distinguidos oradores daban charlas, mientras Anandamayí se sentaba a un lado escuchando. Había siempre un montón de flores recién ofrecidas, junto a ella, en el estrado, y yo la observé un día jugando abstraídamente con esas flores mientras alguien cantaba un *bhajan*. Escogió una particularmente hermosa, una gran dalia roja, tan oscura que era casi negra. Empezó a estirar sus pétalos mientras se balanceaba de un lado a otro, sacudiendo el cabello, que se había recogido en lo alto de la cabeza. Entró entonces en un *bhava* extraño, ella misma oscurecida, y la estructura de su cabeza se volvió notablemente diferente. El *bhava* era de algún modo callado, interior, especialmente cuando empezó, con velocidad creciente, a arrancar los pétalos, uno a uno. Cuando, finalmente, hubo arrancado el último, cogió la dalia por el tallo, tocó el centro dorado y luego, durante largo tiempo, lo miró con profunda y delicada atención. ¿Había establecido la conexión, me pregunté, entre lo que acababa de hacer y un incidente recogido por su amado discípulo, Bhajji? El áshram de Almora, después de todo, estaba construido junto al lugar de descanso último de Bhajji, su *samadhi*, en 1937:

Un día, en el áshram, Sri Ma cogió una flor y deshojando todos sus pétalos, me dijo: «Muchos de tus *samskaras* [rastros psíquicos] han caído y muchos más caerán como los pétalos de esta flor, hasta que yo permanezca como tu apoyo principal, igual que el tallo de esta flor. ¿Comprendes?». Diciendo esto, comenzó a reír. Yo pregunté: «Ma, ¿cómo puedo alcanzar ese estado?». Ella contestó: «Recuerda esto una vez al día; no tienes que hacer nada más».

Uno de los oradores de la mañana en aquella sesión, en Almora, era un monje poderoso y eminente que dirigía el Shankaracharya Math en Bombay. De figura muy alta e imponente, cabeza calva, cuello de toro y frente untada de ceniza, era una presencia intimidante sobre su estrado, en el centro de la sala; mientras tanto, Anandamayí estaba sentada a un lado, sin participar en los debates. Estaba de un humor intranquilo, mirando a su alrededor, aparentemente sin escuchar lo que el monje decía. Él estaba dando una conferencia sobre Vedanta, sembrando sus palabras con formidable terminología sánscrita en un tono algo intimidatorio. Jugando con el cordel de una guirnalda de flores, muy despreocupadamente, casi en una digresión distraída, Matajī interpuso una observación sobre una frase, dirigiéndose al Swami respetuosamente como Pitaji (padre), pero en tono ligero. El Swami se detuvo en mitad de la frase, hizo una pausa, bajó los ojos y, de repente, estalló en lágrimas. Para asombro de todos, el monje gigante se derrumbó ante nuestros ojos. Con una palabra a un asistente, Matajī hizo entrar rápidamente a las niñas de la escuela del áshram a cantar *bhajans* y todo el mundo se unió a ellas. Relajada la tensión, el Swami recuperó su compostura y pronto continuó su charla. Nadie sabía qué le había afectado tan profundamente.

Durante el *satsang* en Benarés unos cincuenta de nosotros estábamos reunidos mientras Matajé escuchaba hablar a alguien. En segundo plano, abajo, en el patio, dos hombres hablaban, subiendo sus voces en crescendo hasta llegar a vociferar de forma airada. Hasta entonces, ningún alboroto se había producido nunca durante ninguna de mis estancias en el áshram. El ruido empezaba ahora a destrozar la pacífica atmósfera de la sala. Matajé me miró, hizo señas a un ayudante que estaba a su lado y le envió a decirme, en voz baja, que hiciera el favor de ir a detener la discusión. No tenía más alternativa que hacer lo que se me había ordenado. Bajé al patio y descubrí que los causantes del alboroto eran el swami mayor y el hermano de Matajé. Súbitamente caí en la cuenta de por qué se me había elegido precisamente a mí para amonestar a los culpables. ¡Yo no hablaba su lengua, ni ellos la mía! ¡Así son los fascinantes caminos de Anandamayí! Ella sabía que yo no caería en la trampa de la red kármica de las disputas de otros hombres y que la autoestima de todo el mundo permanecería intacta. Todo terminó con ambos protagonistas riendo perplejos ante mis inútiles reprimendas.

Una tarde soporífera en Vindhyáchal había muy poca gente por allí; nada se movía. En su balcón, Anandamayí dejaba peinar cuidadosamente su cabello a una sirvienta que se lo acababa de lavar. Un joven médico de Allahabad llegó para despedirse. «¿Qué tren piensa coger?», preguntó Matajé. El médico le indicó cuál. «¿Y dónde cambiará de tren para coger la conexión de Allahabad?», insistió Matajé. El joven dio una respuesta aparentemente razonada, pero esto no satisfizo a Matajé y le volvió a preguntar sobre su enlace, sugiriendo con cierto énfasis que no tomara el tren que se había propuesto, sino otro que ella le proponía. Insistió en ello de forma meticulosa, pero el médico no veía ninguna lógica en su sugerencia. Matajé no le miraba, su cabeza se dirigía hacia el peine cuando pasaba por su cabello. Seleccionando un largo mechón, lo tensó cuando hablaba. Los ojos de nosotros tres estaban fijos en el mechón de pelo. Sujetándolo con su mano derecha comenzó, muy lentamente, con el máximo cuidado, a enrollarlo alrededor de la primera articulación del dedo índice de la mano izquierda. Lo enrolló con tal precisión que no hizo más que un delgado aro del grueso de un milímetro en su dedo. Lo enrolló tres veces superponiendo las vueltas sin levantar los ojos, y de nuevo habló al joven, profundamente desconcertado. «Todo lo que *digo*...», y dio otra vuelta apretando el cabello alrededor de su dedo, «...y todo lo que *hago* tiene...», una vuelta más, «...*sentido*». Levantó los ojos; el hombre levantó las manos en *namaskar*, se inclinó y partió sin decir una palabra.

Si tuviera que encontrar un término para describir la característica más sobresaliente de la enseñanza de Anandamayí, éste sería «inclusividad». Pero para explicar por qué pienso que esta palabra es la mejor aproximación posible ¿tendría que hacer que mi respuesta fuera también inclusiva! Intentaré nada más que un apunte tosco.

Por referirme de forma simple a la historia de su vida, Anandamayí había pasado, nivel tras nivel, por toda la gama del desarrollo espiritual antes de los treinta años, desde la devoción infantil hasta el *samadhi*, pasando por el humilde ardor religioso, el culto de los dioses, la recitación del nombre de Dios y el servicio a los otros en el nombre de Dios, la experiencia visionaria, la meditación, la iniciación, la glosolalia y las palabras proféticas, la práctica del yoga avanzado en los niveles superiores de perfección, el trance extático, el *kirtan* y la danza del *bhakta*. Además, había emergido

como exponente de una religión esotérica contemplativa, o mística, a través de la experiencia directa y el conocimiento personal, donde el sentido interno del sí es uno con el sentimiento del mundo externo.

Al final de este proceso, su enseñanza llegó a parecerse al delta de un gran río, con una infinidad de afluentes, cada uno de los cuales fluye hacia la unanimidad del espíritu humano. En pocas palabras, ella envolvía los estados y etapas particulares en un todo unitivo. Cuando ascendía de un nivel al siguiente, llevaba consigo a todos aquellos que conservaban sus *creencias* divergentes, pero iba más allá de esas diferencias superficiales para llegar a la unidad transcendental de *todas* las religiones. No se trataba de proferir tópicos sobre «la identidad de las religiones»; daba instrucciones detalladas a personas de diferentes creencias y en diferentes etapas de desarrollo, que estaban exactamente en sintonía con su situación particular. Su enseñanza apuntaba de forma certera a la unidad oculta más allá de todos los símbolos externos, proporcionando un vislumbre de una estratosfera universalista sin separarse del detalle más concreto. Era siempre precisa, nunca vaga.

Era una niña de una comarca modesta, de un hogar en una aldea pobre y sucia, que se convirtió en el blanco de todas las miradas. Sin embargo, decía: «¡Soy siempre la misma!». Anne Bancroft lo dice de forma hermosa: «Todos sentimos una morada eterna en nuestro corazón, un núcleo esencial del ser *que no cambia*. De este modo, Matajī, que parece haberse conocido a sí misma como eternidad total, siempre respondía desde esa esencia a la misma esencia en una situación dada». Aunque ella sabe exactamente quién es y dónde está —«soy siempre la misma»— ¡nosotros no sabemos que también estamos donde ella está! No necesitamos en absoluto «llegar a ser» liberados: somos ya libres. Más gráficamente, Anandamayí nos muestra cómo descubrir esto por nosotros mismos. La claridad de la manera en que lo hace es reveladora: «Yo no hago nada por mi propia voluntad». ¿Nada? Sin duda, ésta es una observación trivial; ¿o quizá mediumística? Ni lo uno ni lo otro. Deberíamos comprenderlo, dice: ella no puede hacer nada por propia voluntad y *tampoco nosotros podemos*. Toda acción es la acción de Él.

Bhaiji lo dice así: «Su vida es una sorpresa para todos. Ella muestra mediante sus actividades diarias cómo podemos unir los detalles más pequeños de la vida con el Infinito y cómo podemos cultivar una nueva perspectiva en la relación con nuestros semejantes y hacer de este mundo un lugar de una alegría, una esperanza y una paz nuevas... Ella se consagró total y completamente al bien del mundo. Todos los seres vivos son sus parientes y amigos. “Si piensas que hay algo peculiarmente mío, debo decirte que todo el mundo es mío”».

Hay aquí una novedad, una rareza indefinible, una cualidad inefable, misteriosa, que lleva tan cerca de los límites de lo reconociblemente humano que exige la revisión de lo que queremos decir con la palabra «humano». Sin duda algunos encontrarían su conducta muy extraña, y su libertad de comportamiento inusualmente audaz y perturbadora. Fue, a lo largo de toda su vida, en todos los ámbitos, la cima de la perfección sin esfuerzo. Si no fuera por su trabajo de toda la vida por el bien de todos, esta perfección sería insufrible. Y sesenta años de total accesibilidad habrían sido sin duda inaguantables si Anandamayí no hubiera sostenido un maravilloso equilibrio entre esfuerzo y ausencia de esfuerzo. «No hay otros. Los otros son como los

miembros de este cuerpo».

Douglas Harding, que conoció a Anandamayí, dijo a Anne Bancroft que la esencia de su vida y su doctrina era «preocuparse y no preocuparse»:

Estaba totalmente desapegada de lo que pasaba y, paradójicamente, unida por completo a todo. Y las dos cosas son necesarias, pues si tienes una sin la otra, ¡cuidado! Estaba libre del mundo en el sentido de que su esencia era la Fuente del mundo y no estaba limitada por sus producciones o implicada en ellas. Intrínsecamente, era la libertad misma, una mitad sumamente importante de la verdad. La otra mitad era que estaba implicada en todo. Estar totalmente separado de todo, ser espacio para todo, capacidad para todo, es ser todo eso. Paradójicamente, si uno es libre de algo, uno es libre para serlo. Ella mostraba esta paradoja: ser libre del mundo es ser el mundo. Estar libre del dolor es ser dolor. Llegó a ella una mujer que había perdido a su hijo, y se sentaron juntas llorando durante horas, y la mujer se fue consolada. Al mismo tiempo, su enseñanza era totalmente inflexible cuando llegaba a la esencia de las cosas, muy dura; pero absolutamente amable y generosa con los esfuerzos de la gente.

En una carta que envió a un grupo de *sádhakas*, Anandamayí revela su preferencia por una energía intensa:

Quienes son peregrinos en el camino deben desarrollar gran fuerza interior, energía, movilidad y rapidez, para que sus vidas puedan llegar a ser hermosas, para llenar su nueva vida con una nueva corriente. No se conseguirá quedándose sentado y montando en un raquítico y traqueteante carro de bueyes. En todas las ocasiones, la mente debe ser intensamente vigorosa, enérgica y

alerta; entonces uno solo puede hacer grandes progresos a gran velocidad. Recordad que toda persona tiene que moldear su propia vida. Aceptad con alegría todo lo que Él pueda concederos o quitaros.

Palabras de Anandamayí:

Comunicaciones breves 2

Sé como un niño que nunca crece: la única razón por la que el estado infantil no perdura es el «deseo».

Soy una niña y no sé dar conferencias ni pronunciar discursos. Igual que una niña, cuando encuentra algo dulce o bueno, se lo lleva a su madre y a su padre, así yo pongo ante vosotros lo que es dulce y bueno. Tomad lo que os plazca. Lo mío es sólo el balbuceo de un niño. En realidad, sólo tú preguntas y sólo tú

respondes. Tú tocas el tambor y yo escucho el sonido.

Soy una niña y vosotros sois mis padres. Todos los que no se han casado y los niños son mis amigos. Aceptadme así y dadme un lugar en vuestro corazón. Al llamarme «madre», me mantenéis a distancia. Las madres tienen que ser reverenciadas y respetadas. Pero una niña necesita ser amada y cuidada y es querida al corazón de todo el mundo. Así pues, ésta es la única petición que os hago: ¡hacedme un lugar en vuestro corazón!

La casa de cada uno puede ser un áshram.

Hacer *pranam* (obediencia) significa poner la propia cabeza donde debe estar: a los pies de Dios. Sus pies están en todas partes y, por lo tanto, uno puede hacer *namaskar* (saludo) en todas partes, recordando los pies de Dios. Hacer *pranam* significa abrirse al Poder Divino, que está siempre mandando sobre cada uno. Habitualmente, uno se encierra lejos de él. Hacer *pranam* significa dar la propia mente, el propio yo, a Él, entregarse al Uno, para que sea solamente Él y no tú.

Tratas de aplacar carencia con carencia; por eso la carencia no desaparece ni tampoco la sensación de carencia. Cuando el hombre despierta a la aguda conciencia de esta sensación de carencia, sólo entonces se hace auténtica la pregunta espiritual. Debes recordar que sólo cuando la sensación de carencia se convierte en sensación de carencia del conocimiento del Sí, empieza la búsqueda real.

Hay dos clases de peregrinos en el viaje de la vida: uno es el turista aficionado a ir de acá para allá, vagando de sitio en sitio, revoloteando de una experiencia a otra para pasárselo bien. El otro viajero pisa el camino que es consecuente con el ser verdadero del hombre y que conduce a su hogar real, al conocimiento del Sí. Ciertamente, se encontrará dolor en el viaje emprendido por turismo y por placer. Mientras no se ha encontrado el hogar real, el sufrimiento es inevitable. El sentimiento de separación es la causa original del dolor, porque se basa en un error, en la idea de dualidad. Por eso el mundo es denominado *du-niyá* (basado en la dualidad).

Lo que se desea es el auténtico Despertar, un despertar después del cual no queda nada que alcanzar... Hacerse plenamente consciente no es suficiente, tendrás que subir más allá de la conciencia y la inconsciencia. Aquello que Es tiene que brillar.

Toda visión produce algún resultado. En una visión real, el resultado inmediato es la destrucción del velo de *Maya*. Cuando ésta se retira, Dios se revela. El objetivo de todo ejercicio espiritual es la eliminación de ese velo. Pero por qué acción especial será posible esa visión, nadie lo puede predecir. Puede ser un proceso lento, gradual, o puede ser un destello súbito; todo es Su Gracia. Si pudiéramos tener Su visión como consecuencia de alguna acción particular por nuestra parte, Él quedaría bajo esa limitación. Pero Él no tiene ninguna limitación. Él es siempre libre. Todo nuestro esfuerzo está destinado solamente a levantar el velo de *Maya*. El resultado depende por completo de Su Gracia.

Levantarse, sentarse, caminar, en realidad, cualquier gesto que el cuerpo haga, es llamado *ásana*. Corresponde al ritmo y la vibración del cuerpo y la mente en cualquier momento particular. Algunos aspirantes pueden meditar sólo si están sentados en la postura indicada por el guru o formulada en los *shastras* (escrituras) y no de otra manera. Éste es el camino para avanzar en la meditación. Por otra parte, alguien puede comenzar su práctica sentado en una postura ordinaria; sin embargo, en cuanto se ha alcanzado el estado de *japa* (repetición de un mantra) o *dhyaana* (concentración), el cuerpo adoptará espontáneamente la postura más apropiada. Cuando la meditación se hace cada vez más intensa, las posturas correspondientes ganan en perfección. Cuando se saca un poco de aire de un neumático, el neumático quedará flácido; pero cuando se lo llena en toda su capacidad, permanece completamente estable en su propia forma natural. Igualmente, cuando se ha alcanzado la meditación verdadera, el cuerpo se siente libre y ligero, y al levantarse después de la meditación no hay fatiga de ningún tipo, ni dolor, entumecimiento ni rigidez en los miembros.

Las diversas actividades que ayudan a la vida espiritual deben coordinarse estrechamente con un esfuerzo siempre renovado, como el hilo en una guirnalda, en la que no queda ningún hueco. En cuanto la mente hace una abertura, dirigirá toda su acción hacia abajo, hacia lo perezoso.

La verdad es todo y sin embargo nada; puedes llamarla uno, dos, muchos o infinito; todo está bien.